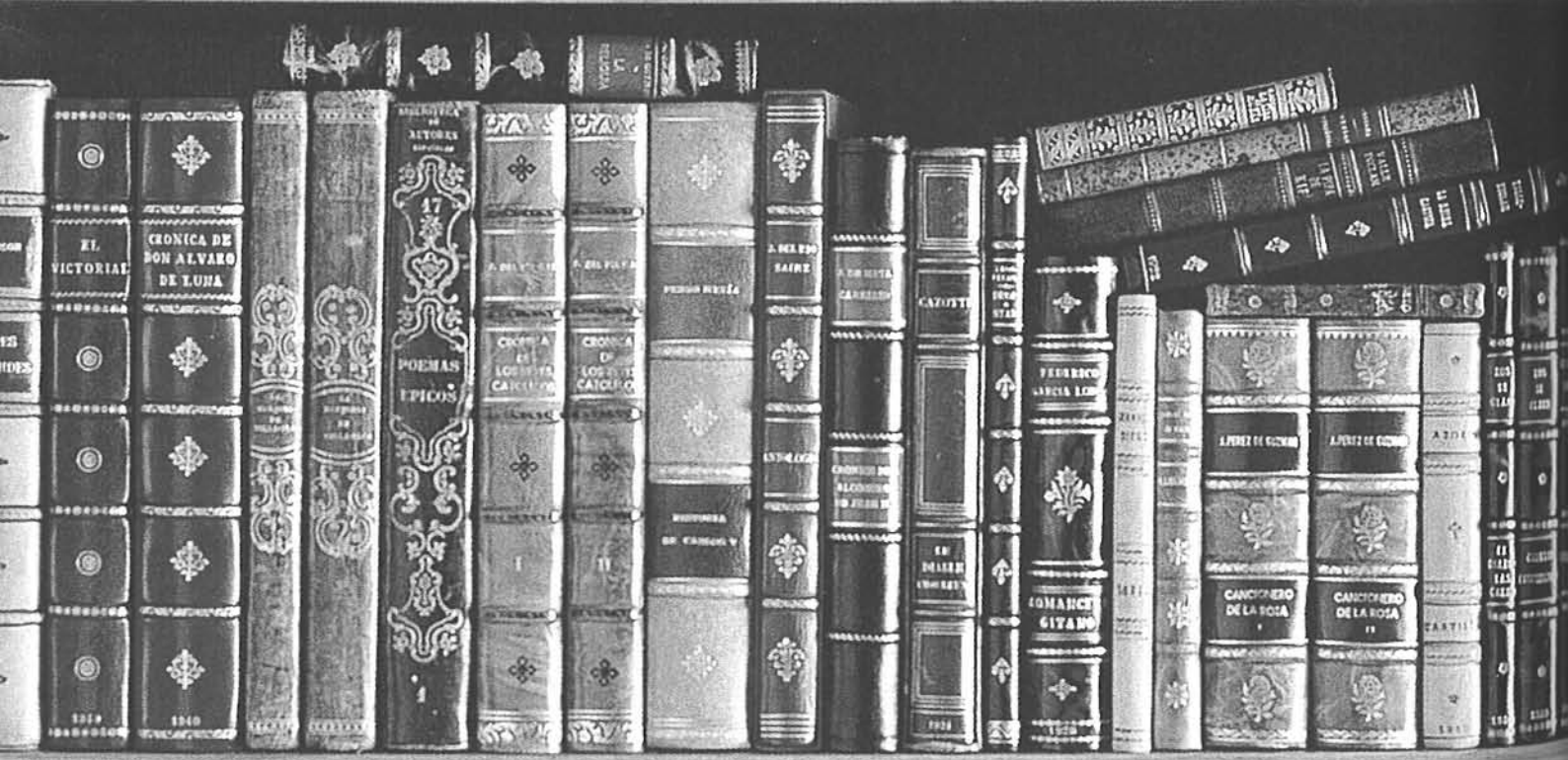
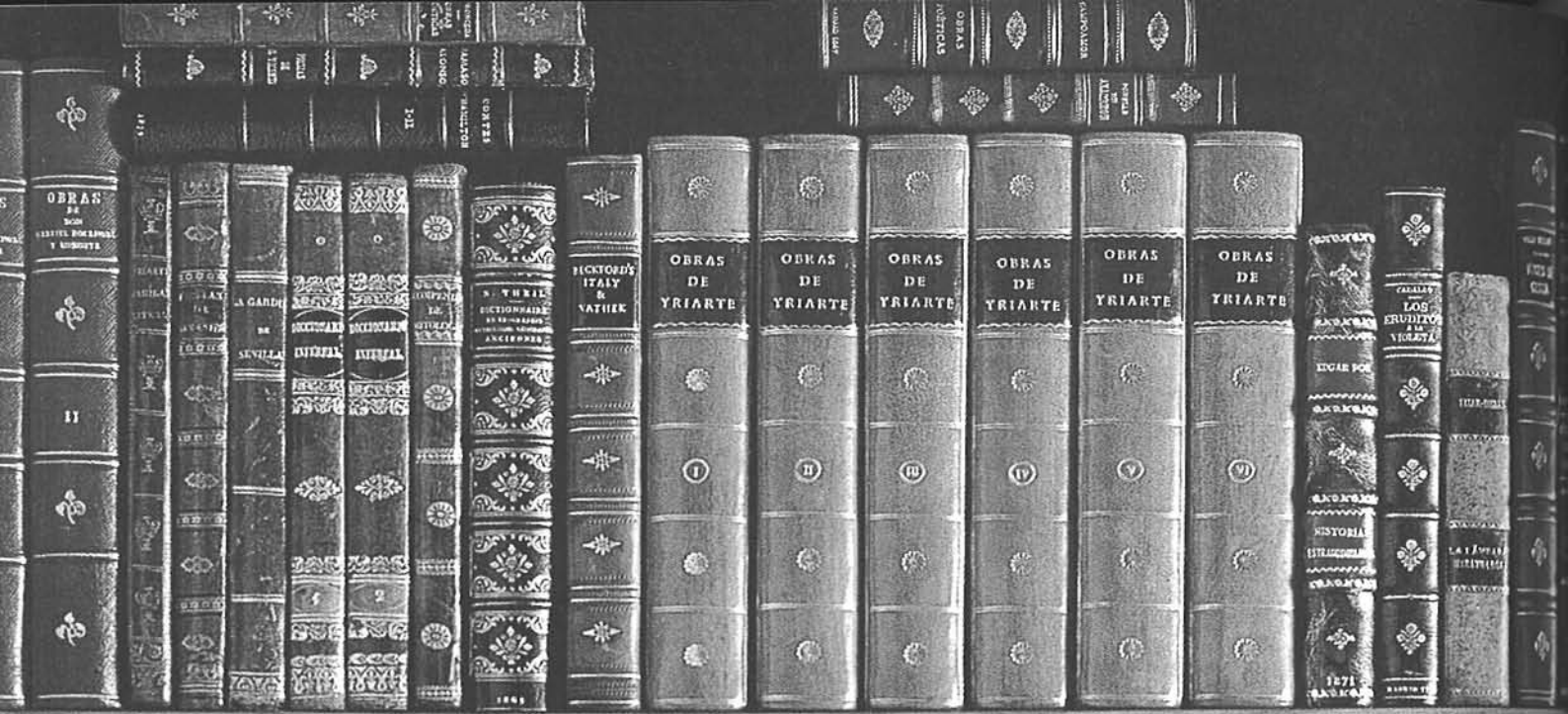


BIBLIOTECA



Obras completas de María Luisa Bombal*

Quizá porque nuestra memoria propende a retener los hitos, las rupturas violentas con la tradición o la historia, solemos olvidar las voces surgidas en los aparentes interregnos entre novedad y tradición, primeros escauceos de la mariposa que se apresta a volar. La prosa de María Luisa Bombal, a caballo entre lo real y lo fantástico, es un ejemplo de esta situación en nuestras letras pues, pese a tratarse de una obra cercana al surrealismo y a la novela moderna hispanoamericana, ha permanecido durante décadas en el limbo del olvido, brumoso y recoleto recinto del que justamente empieza a ser rescatada por trabajos como el que, con rigor y esmero, ha realizado Lucía Guerra en este volumen que no sólo recoge sus cuentos completos y sus dos novelas breves sino también sus entrevistas y sus declaraciones, mostrándonos un panorama litera-

rio y humano de la autora que, hasta ahora, había permanecido disperso y fragmentado en pequeñas y casi inencontrables publicaciones.

María Luisa Bombal, criatura de sueño como sus libros, nació en Viña del Mar en 1910 y se educó en París. Regresó a América en 1931 y se hospedó durante dos años en casa de Pablo Neruda en Argentina donde entró en contacto con los miembros de la revista *Sur* (Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, etc.). En 1935 publicó su primera novela *La última niebla* y en 1938 *La amortajada*. Los bosques añosos del sur de Chile y su borrascosa vida sentimental fueron la arcilla que dio forma a sus relatos. En 1939 publicó en las páginas de la revista *Sur* sus cuentos *El árbol* y *Las islas nuevas*. En 1940 se casó con el conde francés Sainte-Falle y vivió treinta años de exilio voluntario en Norteamérica.

La prosa delicada de María Luisa Bombal, que influye plásticamente al vaivén del agua y los espejos fundiendo sueño y realidad en un mismo plano, rompe los moldes de la narrativa chilena y socava los cimientos de la novela naturalista hispanoamericana, haciéndola aparecer en nuestras letras como introductora de cierto surrealismo y la novela moderna por su tendencia a suprimir el orden lógico de los sucesos para profundizar en los recovecos misteriosos del alma,

* *María Luisa Bombal: Obras completas*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997, 2.ª ed., 456 p.

presentando una visión onírica y personal de la realidad.

Dos breves novelas y un puñado de cuentos constituyen el gran legado de María Luisa Bombal. Fue parca en la palabra, tal vez porque buscaba un lenguaje que conservara el equilibrio perfecto entre la poesía y la prosa, entre los sonidos y el silencio; un lenguaje magnético, preciso, matizado por brillantes colores.

Los personajes de Bombal, mujeres desoladas descritas en fragmentos recortados, nos hablan desde la interioridad, desde un ritmo sincopado cuyo énfasis reside en el silencio, no en la voz. Estas mujeres, ligadas a la tierra por largas cabelleras como algas sumergidas en el limo, extraen de la naturaleza la magia del saber que crece y aflora hasta la superficie vegetal, hasta los sueños y la piel.

Regina, o la protagonista dual de *La última niebla*, aunque presa de una maraña de convenciones, no transige con su suerte y encuentra en sus ficciones la forma de moldear la realidad de acuerdo con su deseo, un postigo de evasión para no morir de tedio:

«...todo me hacía tropezar contra el recuerdo: el bosque porque durante años pasé allí mi melancolía y mi ilusión, el estanque porque desde su borde divisé un día a mi amigo mientras me bañaba, el fuego

en la chimenea porque en él surgía para mí cada noche su imagen».

Brígida, la frágil niña del árbol a quien la inercia lleva a unir su vida a un anciano valetudinario, encuentra protección y compañía en el constante parloteo de las ramas de un gomero que en las noches de invierno habla de la intemperie y en las tardes de estío resguarda la casa en un ambiente sublunar como de acuario.

«Ella se escurría de puntillas y abría la ventana, el cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce sonido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero».

En *La amortajada*, Ana María nos permite asistir al proceso de disgregación de una conciencia en el que sentimos la muerte como un estado de expansión, no de inmovilidad. Imágenes nebulosas, fragmentadas, imponen un orden psicológico a la narración en el que vamos perdiendo la energía hasta entregarnos por completo a los ritmos cósmicos que nos atraen.

«... y la corriente la empuja siempre lentamente y junto con ella, enormes nudos de plantas a cuyas raíces viajan enlazadas las dulces culebras, y sobre todo este mundo, parece haberse detenido y cernirse, eterna, la lívida luz de un relámpago».